

La contrapuesta evolución del Periodismo y la Historia a lo largo de la contemporaneidad

The opposite evolution of Journalism and History throughout Contemporaneity

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna (España)
jayanes@ull.edu.es

Resumen

El Periodismo y la Historia conforman dos de las actividades intelectuales que, desde los albores de la contemporaneidad, han jugado un papel central en la sociedad liberal. Aunque irrumpieron casi simultáneamente, sus orígenes fueron antagónicos, toda vez que la “ciencia histórica” tuvo una sola cuna, la Prusia de la tercera década del siglo XIX, mientras el Periodismo contemporáneo brotaba en los distintos países, al compás de las revoluciones burguesas, con fisonomías muy diversas. Luego, con el decurso del tiempo, una y otra materia evolucionaron de manera antitética, de tal manera que mientras la Historia diversificaba sus métodos y su producción científica, el Periodismo entraba en un sostenido proceso de uniformización a escala internacional. En el presente artículo, nos proponemos contrastar ambas trayectorias, con sus coincidencias y disimilitudes, al objeto de calibrar la utilidad social de las producciones respectivas.

Palabras clave

Periodismo, modelos de comunicación, Historia, historiografía, Contemporaneidad

Abstract

Journalism and History make up two of the intellectual activities that, since the dawn of contemporaneity, have played a central role in liberal society. Although they broke out almost simultaneously, their origins were antagonistic, since “historical science” had a single cradle, Prussia in the third decade of the 19th century, and contemporary journalism sprang up in different countries, to the beat of bourgeois revolutions, with very diverse physiognomies. Then, with the passing of time, both subjects evolved in an antithetical way, in such a way that while History diversified its methods and its scientific production, Journalism entered a sustained process of standardization on an international scale. In this article, we propose to contrast both trajectories, with their coincidences and dissimilarities, to calibrate the social utility of the respective productions.

Key Words

Journalism, communication models, History, historiography, Contemporaneity

Planteamiento

Si algún rasgo comparten las visiones, explicaciones e interpretaciones que, desde la presencia del Periodismo y la Historia en la sociedad, nos han legado nuestros antepasados de la realidad social, tanto del presente que les tocó vivir (el Periodismo) como del pasado que atisbaron desde su propio presente (la Historia), es el de haber sido forjadas desde las perspectivas, los prejuicios, las expectativas y los valores imperantes en los lugares y épocas correspondientes. De ahí que, ante los cambios socioeconómicos y culturales experimentados por la sociedad con el decurso del tiempo, tales percepciones, la histórica y la periodística, difieran tanto de unos espacios geográficos y cronológicos a otros a lo largo y ancho del orbe. En el caso de la Historia, desde que ésta adquirió, allá en la tercera década del siglo XIX, el estatuto de disciplina académica con la “ciencia histórica” de Leopold von Ranke, tales condicionantes contextuales la han llevado, a remolque de la continua renovación de sus bases epistemológicas, de unos orígenes monolíticos, basados en el empirismo y el positivismo, a una incesante diversificación metodológica. El proceso, que en los años sesenta y setenta del siglo XX había cristalizado en los grandes paradigmas historiográficos, luego desembocaría, con el trasfondo de las corrientes posmodernas, un sinfín de tendencias en el actual mundo globalizado. En el caso del Periodismo, sin embargo, la trayectoria ha sido justamente la contraria, toda vez que brotó con las especificidades tributarias de cada país a remolque de las revoluciones burguesas, en las que el modelo comunicativo liberal que se había gestado en Inglaterra a lo largo de los siglos XVII y XVIII se impuso al del Antiguo Régimen que había florecido, sobre todo, en Francia. Luego, con la economía-mundo entró en un gradual proceso de uniformización que, tras llevar a la prensa en las tres décadas previas a la I Guerra Mundial a su “edad de oro”, se ha acelerado desde los años ochenta del siglo XX para acá al calor del neoliberalismo imperante en este mundo cada vez más globalizado. Por consiguiente, con el común denominador de la diversidad discursiva, los quehaceres del historiador, centrado en la construcción de un conocimiento «científico» del pasado, y del periodista, haciendo lo propio sobre el “común” del presente, han evolucionado a lo largo de la contemporaneidad en dirección inversa, esto es, hacia algo así como el punto de partida del otro.

En los párrafos siguientes, nos proponemos verificar la hipótesis enunciada en los renglones anteriores a la vista de los discursos que la Historia y el Periodismo nos han legado desde que, en los albores de la contemporaneidad, adquirieron el estatus actual, esto es, cuando la primera como ciencia y el segundo como medio de comunicación¹ iniciaron sus respectivas andaduras en la naciente sociedad liberal. En nuestra exposición, que retrotraeremos a los orígenes más remotos de ambas materias, pretendemos dejar en evidencia la paradoja de que, a pesar de obedecer a los mismos condicionantes del cambio contextual, la sostenida renovación de los supuestos teóricos con los que la Historia y el Periodismo han operado sobre los fragmentos de la realidad social seleccionados han seguido rumbos antagónicos.²

¹ Antes de entrar en materia, debemos aclarar que, en el ámbito de nuestro análisis, no entran los quehaceres no profesionales de ambos campos, esto es, ni el llamado “periodismo ciudadano” ni los contenidos que sobre el pasado difunden las webs personales de los aficionados a la Historia.

² En el caso de la Historia, mención especial por la lucidez con la que abordan dicha cuestión desde los orígenes de la disciplina hasta la actualidad, merecen las reconocidas obras: L. Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad* (Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, 2012); G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional* (Barcelona: Idea Universitaria, 1998); y, del mismo autor, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012).

Los orígenes de la “ciencia histórica” y el periodismo contemporáneo

Los primeros balbucesos de la Historia y el Periodismo se pueden rastrear en las culturas urbanas de la antigüedad y, sobre todo, en el mundo greco-romano, en el primer caso, con la distinción entre los hechos pretéritos y los mitológicos por Herodoto y Tucídides³ y, en el segundo, con la aparición de varios productos informativos con algún tipo de periodicidad, entre los que mención especial merecen las “Acta diurna” del Senado Romano. Luego, tras la instalación de los bárbaros en Occidente, el quehacer sobreviviente en ambos campos se refugió, como toda la cultura europea, en la Iglesia, lo que a la Historia le supuso sustituir la narración del pasado con pretensiones de veracidad por la recreación de los designios de Dios para salvar a la humanidad; y al Periodismo, sus manifestaciones seculares por otras religiosas de carácter epistolar. El panorama empezó a cambiar en la Plena y, sobre todo, la Baja Edad Media, al calor de la reactivación del comercio, la consolidación de la burguesía, el fortalecimiento del poder real y, como consecuencia de todo ello, el debilitamiento del ascendiente social de la Iglesia, con el consiguiente resurgimiento de la racionalidad clásica y, desde mediados del siglo XV, la expansión de la imprenta de Gutenberg. En ese dinámico contexto, mientras la Historia se zafaba del ámbito religioso y asumía el razonamiento lógico como la vía del análisis textual,⁴ el Periodismo hacía lo propio para dar vida, al margen de los religiosos, a un sinnúmero de productos informativos con fines políticos, comerciales e, incluso, noticiosos. En el caso del segundo, el proceso culminó a inicios del siglo XVII con la irrupción de las gacetas, consideradas los primeros periódicos modernos por constar de portada titulada, fechada, numerada e ilustrada, además de circular con periodicidad regular, especificar el lugar de edición y ofrecer unos contenidos variados con la indicación del día y el lugar de procedencia de cada texto.⁵ En lo concerniente a la Historia, la creciente racionalización de la actividad intelectual desembocaría un poco más tarde, a mediados de la misma centuria, en la obra del monje francés Jean Mabillon,⁶ quien sistematizó, en un momento en el que cada vez más se imponía la razón como única vía de conocimiento, un procedimiento para detectar el grado de autenticidad y de manipulación de los documentos. Luego, en el siglo XVIII, con la llegada de la Ilustración,⁷ del concepto “progreso” y del método científico experimental propugnado por Galileo y Newton, la Historia daría un paso decisivo en la conformación de su estatuto epistemológico al asumir la cronología como un curso lineal de cambios causales⁸ dentro de la esfera de la actividad humana.

Mientras tanto, conforme habían avanzado los siglos XVII y XVIII, el Periodismo se había consolidado en el viejo continente a partir de dos modelos antitéticos e incompatibles entre sí: el estático de carácter erudito-literario propio del Antiguo Régimen, cuya referencia era el sistema informativo francés, y el político-ideológico que,

³ Detalles minuciosos de la evolución de la Historia entre las épocas de Herodoto y Ranke en el contexto francés ofrece la obra: G. Bourdú y H. Martín, *Las escuelas históricas* (Madrid: Akal, 2004), 18-109 y 249.

⁴ A. Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998), 52.

⁵ P. Albert, *Historia de la prensa* (Madrid: Ediciones Rialp, 1990), 13-22.

⁶ También conocido como Dom Mabillon (1632-1707), considerado «el Newton de la Historia» y el fundador de la Diplomática y la Paleografía; G. Bourdú y H. Martín, *Las escuelas históricas*, 91-93.

⁷ A partir de entonces, el historiador tomó partido por la verdad, con la esperanza de que “el temor al juicio histórico de la posteridad... [fuera]... elevado a foro de la justicia, sustituyendo al Juicio Final”; R. Koselleck, *historia/Historia* (Madrid: Editorial Trotta, 2004), 53 y 61.

⁸ El espaldarazo definitivo llegó con Charles Darwin (1809-1882) y su teoría de la evolución de las especies, al quedar patente que “la ciencia ya no se ocupaba de algo estático y fuera del tiempo, sino de un proceso de cambio y desarrollo”; E. H. Carr, *¿Qué es la Historia? Edición definitiva* (Barcelona: Ariel, 1991), 108.

estando en continua evolución, prendió en Inglaterra, al compás de la paulatina implantación del Liberalismo. La Historia, por su parte, hacía por entonces lo propio sobre su recientemente perfilada concepción disciplinar para dar vida también a dos modalidades en los albores de la contemporaneidad: la erudito-anticuaria y la literaria, sin que ambas fueran excluyentes entre sí.⁹ En el Periodismo, sin embargo, nada tenían que ver las publicaciones francesas, bendecidas por la Monarquía Absoluta y encabezadas por *La Gazette* de París (1631), *Journal des Savants* (1665) y *Mercure Galant* (1672),¹⁰ con las inglesas, toda vez que éstas estaban en continua renovación a instancias de la progresiva ampliación de su margen de actuación, a medida que avanzaba el desmantelamiento de las estructuras tradicionales para dar paso al nuevo ordenamiento jurídico. Así, conforme se fueron asentando la división de poderes, los partidos políticos y el sufragio censitario, un rosario de cabeceras se sucedieron en Inglaterra, unas tras otras, en un proceso en el que, al compás de la creciente libertad de imprenta, mediaron cada vez más decisivamente en la dinámica sociopolítica del país, lo que, antes de finalizar el siglo XVIII, en 1787, hizo a Edmund Burke catalogar a la prensa como el “cuarto poder” de la sociedad liberal.¹¹ Paralelamente, junto a los órganos *whigs* y *tories*, cristalizaban otras iniciativas como el diario *The Times*, cuya línea editorial, de vocación informativa y sin el alineamiento con partido político alguno, anunciaba desde fechas tan tempranas cometidos venideros del sector. Al margen de Francia e Inglaterra, los países del centro y norte de Europa, a pesar de ir muy rezagados, pusieron por entonces las bases al desarrollo ulterior del Periodismo con campañas de alfabetización auspiciadas por los poderes públicos y la Iglesia Protestante,¹² así como con la temprana introducción, abanderada por Suecia en 1766, de la libertad de prensa. Otro tanto anunciaban las trece colonias inglesas del norte de América con la absolución de John Peter Zenger en 1734 por sus duras críticas al gobernador colonial en su periódico y, por lo tanto, con el reconocimiento implícito del derecho a la libertad de expresión.¹³ En el caso de España, la prensa dieciochesca no fue más que una versión devaluada de la francesa del Antiguo Régimen,¹⁴ lo que en las posesiones de Latinoamérica se reducía a su más mínima expresión, mientras en los tres continentes restantes, Asia, África y Oceanía, ni el Periodismo ni la Historia de corte occidental habían dado señales de vida a finales del siglo XVIII.

Tras las revoluciones burguesas, conforme avanzó la primera mitad del siglo XIX, tanto la Historia como el Periodismo terminaron de perfilar sus funciones en los estados-nación más pujantes, al compás del asentamiento del liberalismo, sobre las bases de la “objetividad” que, por entonces, nadie ponía en tela de juicio en ambos quehaceres. La Historia, con el cometido de forjar identidades nacionales a partir del estudio evolutivo de la alta política vinculada al Estado; el Periodismo, con la misión de involucrar a la población masculina con derecho al voto en la dinámica sociopolítica que, por un sufragio

⁹ A. Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, 61-67, y siguientes.

¹⁰ G. Weill, *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica* (Sevilla: Comunicación Social. Ediciones y Publicaciones, 2007), 35-47.

¹¹ Término que, sin ponderar su origen y significado, se ha generalizado tanto que, incluso, ha llegado a convertirse en una especie de sinónimo de Periodismo en todos los países.

¹² Una ley de la Iglesia sueca de 1686, por ejemplo, establecía que todas las personas debían “aprender a leer y ver con sus propios ojos lo que Dios ordena y manda en su Palabra Divina”; D. Hallin y P. Mancini, *Sistemas mediáticos comparados. Tres modelos de relación entre los medios de comunicación y la política* (Barcelona: Hacer Editorial, 2008), 138.

¹³ G. Weill, *El periódico. Orígenes, evolución*, 75-77.

¹⁴ M.D. Saiz García, *Historia del periodismo en España, 1. Los orígenes. El siglo XVIII* (Madrid: Alianza, 1990).

censo cada vez más amplio, introdujo el nuevo orden liberal. En el caso de éste, el cambio llegó con la irrupción de las publicaciones ideológicas que, siguiendo la estela emprendida por las británicas en el siglo XVII, empezaron a articular la dinámica sociopolítica en los países más desarrollados, lo que dejó obsoletas, de un día para otro, a las erudito-literarias del Antiguo Régimen que hasta entonces habían circulado bajo los auspicios de la Monarquía Absoluta. En cuanto a la Historia, el honor de forjar su dimensión científica le correspondió al historiador alemán Leopold von Ranke, quien, a partir de la tercera década del siglo XIX, delimitó el ámbito competencial de la “ciencia histórica” tras marcar distancias, de un lado, entre el texto histórico y el literario¹⁵ y, de otro, entre el historiador profesional y el aficionado.¹⁶ El reduccionismo del objeto de estudio de la naciente disciplina era tan acusado que, además de estar circunscrito a la esfera estatal, constreñía las fuentes de la investigación a la documentación custodiada por los archivos públicos centrales y los privados de las élites sociales,¹⁷ al tiempo que ceñía la potencial aplicación del método a los países europeos más desarrollados porque más allá del viejo continente, incluidas las culturas milenarias de la India y China, consideraba que “no había Historia”. La fundación de la «ciencia histórica» de Ranke en Prusia coincidió con la aparición de la primera generación de la prensa popular en los Estados Unidos, abanderada por *The New York Sun* (1833), *The New York Herald* (1835) y *The New York Tribune* (1841),¹⁸ al calor del alto grado de consenso social reinante en el país.¹⁹ Esta prensa comercial, se consolidaría de inmediato en el expansivo contexto de la revolución industrial con una oferta centrada en los temas de interés humano y las noticias, que, al igual que la producción historiográfica coetánea, se percibían como “objetivas”, con el sobreañadido incentivo de una inmediatez desconocida hasta entonces merced a la puesta en marcha del cable telegráfico.

La expansión internacional de ambas materias

La “ciencia histórica” germana y la prensa popular estadounidenses, ambas nacidas en los años treinta del siglo XIX, rebasaron poco a poco sus respectivos lugares de nacimiento para prender, en décadas sucesivas, en todo el mundo occidental. En la primera, el proceso se demoró hasta finales de los años sesenta del siglo XIX, cuando llegó a Francia y, luego, a Inglaterra, los Estados Unidos²⁰ y los restantes países

¹⁵ Sobre la base de que una cosa era lo acontecido, a lo que alude el término de raíz germana *Geschichte*, y otra el conocimiento obtenido sobre ello con la investigación académica, *Historie*, éste de raíz latina, introducido en el siglo XIII; R. Koselleck, *historia/Historia*, 27-46.

¹⁶ Sobre los estudiosos del pasado que influyeron en el quehacer de Ranke, A. Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, 55-59.

¹⁷ Con lo que construyó sus significados de acuerdo con las aspiraciones nacionales y burguesas de la sociedad prusiana; G.G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, 25-28.

¹⁸ Entre la historiografía anglosajona traducida al español sobre el Periodismo de los Estados Unidos, los dos clásicos son J. Tebbel, *Breve historia del periódico norteamericano* (Barcelona: Montaner y Simón, 1967); y E. Emery, *El periodismo en los Estados Unidos* (México: Editorial Trillas, 1966).

¹⁹ La centralidad de la sociedad estadounidense, que ilustra su bipartidismo político templado, y la polarización ideológica de la europea, donde han tenido cabida idearios que van del marxismo al fascismo, hacen explicable que, en el campo de la comunicación social, los Estados Unidos alumbraran las Relaciones Públicas y Europa la propaganda doctrinaria; E. Hallin y P. Mancini, *Sistemas mediáticos comparados*, 83-228; y J.E. Grunig y T. Hunt, *Dirección de Relaciones Públicas* (Barcelona, Gestión 2000: 2000), 61-105.

²⁰ Tal y como ilustra el congreso de “Ciencia Histórica” celebrado en la Exposición Universal de San Luis en 1904 –E. Breisach, *Sobre el futuro de la Historia. El desafío posmodernista y sus consecuencias* (Valencia: Universitat de València, 2009), 20– en cuyas jornadas Frederick Jackson Turner reivindicaba la “frontera” como parte sustancial de la historia patria, y su paisano James Harvey Robinson consideraba objeto de estudio «todo rasgo y vestigio de cuanto el hombre haya hecho o pensado desde que apareció en la Tierra» (G.G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, 37).

occidentales más desarrollados, de tal manera que, antes de terminar la centuria, las pautas metodológicas positivistas e historicistas de Ranke²¹ ya se habían implantado en las universidades más prestigiosas del orbe. La prensa popular estadounidense,²² por su parte brotaría pronto en París con *La Presse* (1836), luego, en Londres con *The Daily Telegraph* (1855) y, a renglón seguido, en las otras urbes más pujantes del centro y norte del viejo continente hasta, prácticamente, arraigar en todos los países desarrollados antes del cambio de siglo. Por lo tanto, mientras la Historia generaba por entonces un conocimiento firme sobre el pasado bajo la premisa de que los documentos atesoraban en sí mismos las claves de los procesos históricos, por lo que al historiador le bastaba con extraer, ordenar y exponer sus datos, la prensa difundía una visión del presente que, aunque atomizada, inconexa y discontinua entre sí, compartía con el discurso historiográfico el mismo halo de veracidad. La certeza de trabajar con unas fuentes traslúcidas, que reflejaban una realidad concatenada, diacrónica y lineal mediante una relación de causa-efecto interna que, empujada por la “modernización”, dirigía a la Humanidad hacia un mundo mejor, daba mucha certidumbre a los historiadores y, en lo que al decurso del presente se refiere, a los periodistas. Pero la difusión de ambas en el plano internacional era tan limitada que, a inicios del siglo XX, la “ciencia histórica” seguía recluida en Europa y Norteamérica y la prensa popular, al margen de estos dos ámbitos, apenas había empezado a dar señales de vida en las colonias inglesas de Canadá, Australia y Sudáfrica, donde el Periodismo había iniciado su andadura a inicios de la centuria, así como en los enclaves más urbanizados de Latinoamérica. Del resto el mundo, mientras en Japón y China el sector al modo occidental había demorado sus inicios hasta mediados de siglo, en la Rusia de los zares, el mundo árabe y, sobre todo, el África subsahariana, todavía estaba en un estado muy incipiente en los años de anteguerra.²³

En el último cuarto del siglo XIX y los tres lustros previos a la I Guerra Mundial, la “ciencia histórica” dio sus primeros pasos hacia la escisión en corrientes historiográficas por influencia de las emergentes ciencias sociales, que ya estaban empeñadas en construir modelos explicativos y obtener leyes generalizadoras para explicar la realidad. Así, mientras la Economía dejaba patente que su objeto de estudio era abordable tanto desde la teoría liberal clásica como desde la marxista, la Geografía ponía en valor los condicionantes del entorno natural y la dimensión espacial en los procesos históricos, la Psicología ofrecía perspectivas para investigar e interpretar a las personas y a sus acciones en el pasado y, globalmente, la Sociología proponía sustituir el tradicional planteamiento descriptivo del historicismo por otro más interpretativo.²⁴ Sobre tales referencias, la Historia empezó a abrirse, aunque todavía sin cuestionar la

²¹ Para Simon Gunn, el método rankeano era una amalgama del “positivismo”, según el cual los procesos históricos están sujetos a leyes o generalizaciones similares a las de las ciencias naturales, y el “historicismo”, que considera a todas las épocas del pasado con unas esencias específicas y particulares descifrables desde dentro de ellas mismas, con el “humanismo”, que reivindica como objeto de estudio la “naturaleza inmodificable” del hombre a través del tiempo; S. Gunn, *Historia y teoría cultural* (Valencia: Universitat de València, 2011), 21.

²² Entre la progresiva ampliación del sufragio censitario y la difusión de la prensa a lo largo del siglo XIX siempre hubo un paralelismo en las democracias parlamentarias más desarrolladas que desembocó en la entrada en vigor del sufragio universal masculino a inicios de la “edad de oro” de la prensa. En el caso de los países rezagados como España, sin embargo, tal concomitancia se debió a la simple homologación del país a los de su entorno, no a factores internos que exigieran tales innovaciones legislativas, dado que ningún diario español sobrepasaba los ciento treinta mil ejemplares en ventas a finales del siglo XIX; J.F. Fuentes Aragonés y J. Fernández Sebastián, *Historia del Periodismo Español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea* (Madrid: Síntesis, 1997), 135-166.

²³ L. Raphael, *La ciencia histórica*, 64-70.

²⁴ G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 61-74.

firmeza de las bases epistemológicas sobre las que operaba desde sus inicios con Ranke, tanto a la problemática social generada por la creciente industrialización como a los segmentos poblacionales que hasta entonces había ignorado.²⁵ El Periodismo, en cambio, acentuó en estos años la paulatina uniformización que traía desde las revoluciones burguesas con la expansión desde Nueva York al resto del orbe de los tres paradigmas clásicos del sector, el sensacionalista, el amarillista y el de élite, una vez consolidados empresarialmente. Detrás del proceso latían las mejoras del crecimiento económico traído por la segunda revolución industrial, con el éxodo rural, la expansión urbana, la subida de los niveles de vida, la masiva alfabetización, las mejoras de las comunicaciones, el despegue de la publicidad y la irrupción de la cultura de masas, de la que esta prensa era una manifestación más. Tales factores, junto con la libertad de imprenta, hicieron posible que los periódicos adquirieran una estructura empresarial lo suficientemente consistente en las urbes más pujantes como para permitirles desempeñar su labor informativa sin hipotecas ni vasallajes a terceros cuando, para mayor fortuna, aún no acusaban la competencia de los medios audiovisuales. Aquellos irrepetibles años, pues, fueron la “edad de oro” de la prensa,²⁶ lo que la radiodifusión disfrutaría, junto con el cine, en los años treinta del siglo XX y la televisión después de la II Guerra Mundial, esta última, cuando la Historia vivía, porque también la vivió, su particular “edad de oro”.

La cuna de la generación inaugural de la prensa de masas, al igual que ocurriera medio siglo atrás con la popular, fue Nueva York, la mayor ciudad de la primera potencia mundial del orbe, cuya población tendía a finales del siglo XIX a los cuatro millones de individuos, de los que la mitad, grosso modo, eran inmigrantes. En ese escenario bullanguero, cosmopolita y en permanente cambio por la sucesiva instalación de la luz eléctrica, el tranvía, el teléfono, etc., el artífice de la renovación del Periodismo fue Joseph Pulitzer,²⁷ cuya propuesta sensacionalista llevó al paroxismo su admirador William Randolph Hearst, quien rebasó la frontera de la veracidad para convertir toda suerte de rumores, bulos, tergiversaciones e, incluso, invenciones en noticia, con lo que dio forma al amarillismo. Frente a la utilización por ambos, aunque hasta límites desiguales, de los temas de interés humano para atraer lectores se situó *The New York Times*, diario fundado en 1851 que, una vez puesto al día, encarnó el prototipo de la prensa de calidad centrada en la política, la economía y la cultura. Pronto, estos tres patrones fueron importados por Inglaterra, donde Lord Northcliffe promovió el sensacionalista *Daily Mail* (1896), el amarillista *The Daily Illustrated Mirror* (1903) y, tras hacerse en 1908 con su propiedad y actualizar la fórmula, el serio y riguroso con el viejo *The Times*. Otro tanto sucedió en Francia con *Le Petit Journal* (1863), *Le Journal* (1892), éste con un fuerte residuo literario típicamente francés, y, sobre todo, *Le Petit Parisien* (1888) dentro de las pautas del sensacionalismo, mientras *Le Matin* (1884) encarnaba el amarillismo y *Le Temps*

²⁵ Los modelos explicativos, adoptados por las ciencias sociales a finales del siglo XIX, llegaron a la Historia con las tesis de Karl Marx, considerado el auténtico precursor de la modelización, lo que dio vida a la llamada “historia estructuralista” que, luego, diversificarían las tendencias del movimiento de los *Annales* (L. Raphael, *La ciencia histórica*, 83-86).

²⁶ G. Weill, *El periódico. Orígenes, evolución*, 203-228. Esta obra, elaborada por encargo del filósofo Henri Berr (1863-1954) para su pretenciosa *Évolution de l'humanité* (L. Raphael, *La ciencia histórica*, 115), y editada originariamente en París en 1934, constituye, con el típico enfoque eurocéntrico de la época, el primer ensayo académico sobre una Historia del Periodismo mundial.

²⁷ Sobre Pulitzer en español, J.J. Sánchez Aranda, *Pulitzer. Luces y sombras en la vida de un periodista general* (Pamplona: Universidad de Navarra, 1998).

(1861) el modelo de élite.²⁸ Algo similar ocurrió en los países más desarrollados del centro y norte de Europa, incluida la Alemania del II Reich pese a las restricciones legislativas, al igual que en los más avanzados de la Monarquía Dual austrohúngara; no así en los del Imperio Otomano ni en España, Portugal y Grecia, donde las altas tasas de analfabetismo se bastaron para impedir la irrupción de la prensa de masas.²⁹ Más allá del viejo continente, donde mejor se dejó sentir la oleada innovadora que desde Nueva York homologó los cimientos de la comunicación social a escala internacional fue en Canadá, Australia y, en cierta medida, en Japón, donde el sector despegó definitivamente en los años de anteguerra, mientras Latinoamérica y, sobre todo, el mundo árabe, la India, China y, con la excepción de un cierto eco entre la población blanca de Sudáfrica, el África subsahariana, quedaban al margen del fenómeno. Por consiguiente, cuando la Historia dejaba atrás el monolitismo fundacional al mostrarse cada vez más receptiva hacia los logros de las ciencias sociales, el Periodismo proseguía en la dirección opuesta.

La diversificación de la “ciencia histórica” cuajó antes en la III República francesa, como ilustra la tesis doctoral de Lucien Febvre en 1911, y en los Estados Unidos, con la corriente historiográfica “progresista”, que en su lugar de nacimiento, Alemania, donde la disciplina quedó anclada en el historicismo inaugural dentro del II Reich,³⁰ y donde la prensa, por lo demás, carecía de las cotas de libertad que disfrutaba en los países más desarrollados. Mientras complejizaba su estatuto epistemológico, la Historia empezó a expandirse en estos años, emulando al Periodismo, desde el reducido círculo de las potencias occidentales hacia sus colonias, evidentemente, bajo una óptica eurocéntrica que, después de la descolonización, sería contestada desde dentro de los nacientes estados. La disciplina también afloró por entonces en países con culturas milenarias tan ensimismadas como Japón y China, aunque con fines muy diferentes, toda vez que en el primer caso asumió la creación “desde arriba” de una nueva “ciencia histórica” del estado-nación aglutinadora de toda la población y, en el segundo, emergió “desde abajo” al compás del proceso revolucionario que conllevó la caída del Imperio y la proclamación de la República en 1912.³¹ Por lo tanto, sobre el trasfondo de la coincidente expansión de ambas, mientras la Historia diversificaba su producción tras asumir los avances de las ciencias sociales, la prensa seguía uniformizando su quehacer tras ganarse la “independencia”³² con la autosuficiencia financiera,³³ lo que en las

²⁸ Sobre la prensa francesa, véase el clásico C. Bellanger, J. Godechot, P. Guiral et F. Terrou (eds.), *Histoire générale de la presse française*, 5 vols. (París: Presses Universitaires de France, 1969, 1969, 1972, 1975 y 1976, respectivamente).

²⁹ Ello no significa que los diarios de las principales ciudades de estos y de los países latinoamericanos dejaran de adquirir en estos años, con los crecientes ingresos por ventas y, sobre todo, por publicidad, una estructura empresarial autónoma que les permitiera zafarse de los mecenazgos de antaño, sino que, al no poder llegar a las clases populares por las bolsas de analfabetismo sobrevivientes en dichas sociedades, nunca saborearon el rol de prensa de masas de los rotativos de los países más desarrollados.

³⁰ G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 109-128.

³¹ L. Raphael, *La ciencia histórica*, 64-66.

³² Entrecorramos el término “independencia” cuando hablamos a las líneas editoriales de los periódicos para aclarar que, simplemente, hacemos referencia a un quehacer informativo orientado, y en grado desigual de unos casos a otros, por la profesionalidad. Incluso la BBC británica, el paradigma de la «independencia» en el sector, no ha podido sustraerse totalmente a las presiones políticas; C. Barker, *Televisión, globalización e identidades culturales* (Barcelona: Paidós Comunicación, 2003), 263-264.

³³ Aunque las consecuencias informativas de la relación del Periodismo con la publicidad han suscitado una amplia controversia a lo largo de la Historia, con el sobreañadido problema de tratarse de una cuestión cambiante de unos contextos geográficos y cronológicos a otros, tal relación ha sido considerada, grosso modo, más positiva que negativa para que los periódicos pudieran desarrollar su labor al servicio del bien común.

principales potencias conllevó una circulación masiva en toda la sociedad. Con ello, el discurso historiográfico empezó a complejizar cada vez más la visión del pasado en clara antítesis a la simplificada interpretación del presente por el Periodístico, lo que la prensa hizo en connivencia con la política una vez libre de la relación subalterna que antaño tenía con aquella, cuando ambas estaban dirigidas a las élites sociales. Así, con la entrada en vigor del sufragio universal masculino y la consiguiente transformación de la política, también, en un fenómeno de masas, ambas descubrieron que, ante la necesidad de atraer al mayor número posible de lectores, en un caso, y de votantes, en el otro, la mejor estrategia era optar por un discurso sencillo, esquemático y emotivo que no sólo estuviera al alcance, sino que, además, respondiera a las expectativas de todos los espectros sociales. Y en el contexto de la segunda revolución industrial, el mensaje más eficiente a tal fin ante la pugna entre los distintos países por hacerse con nuevos mercados y materias primas era el chovinista, xenófobo e imperialista. En consecuencia, mientras la Historia empezaba a evidenciar en sus reducidos círculos de difusión la complejidad de la vida social a la luz de las construcciones de las vivencias del pasado, el Periodismo, con su explicación esquemática y tendenciosa del presente,³⁴ a lo que no fue ajena cierta “historia”, no sólo jugaba el papel de instrumento integrador de toda la población masculina en la dinámica democrática del estado-nación liberal sino que, junto con la política, también asumía el de vocero de los intereses patrios en un agitado clima que desembocaría en la I Guerra Mundial.³⁵

El desigual impacto de las dos guerras mundiales

Con el estallido de la conflagración bélica en el período estival de 1914, el incondicional alineamiento de los editores de prensa en los países beligerantes con sus respectivos gobiernos, y la posterior salida a la luz pública de las falsedades difundidas en aquellos trágicos años,³⁶ hicieron perder al Periodismo la credibilidad cuando la reputación de la Historia no hacía más que crecer. Paralelamente, la revolución rusa de 1917 y las abusivas cláusulas impuestas a Alemania tras la firma del armisticio se encargaban de acentuar la fragmentación de la disciplina, lo que esta vez desembocó en corrientes historiográficas ideológicamente enfrentadas. El proceso se acentuó conforme avanzaron los “felices” años veinte y, sobre todo, tras el crac bursátil neoyorquino de 1929, en la convulsa década de los treinta, con el ascenso de los fascismos en Italia y Alemania, la consolidación del comunismo en la Unión Soviética y las reivindicaciones territoriales germanas tras el ascenso al poder de Hitler. En ese contexto fue cuando la “ciencia histórica” se abrió en Alemania, como hiciera desde finales del siglo anterior en las democracias occidentales más desarrolladas, a las ciencias sociales, al tiempo que las

³⁴ Tales diferencias conllevaban otra epistemológica debida, al menos teóricamente, a que el texto del historiador es “científico”, esto es, está construido con una metodología académica, mientras el del periodista refleja, simplemente, el conocimiento común que se percibe por los sentidos; A.F. Chalmers, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (Madrid: Siglo XXI, 1991). Pero más que una dicotomía excluyente entre sí, ambas construcciones deben entenderse como los polos extremos de un todo continuo, de tal manera que hay investigaciones de historiadores muy próximas al conocimiento común y trabajos periodísticos que, como en casos del periodismo de investigación, trascienden ampliamente las percepciones sensoriales.

³⁵ P. Albert, *Historia de la prensa*, 60-92.

³⁶ A la hora de valorar la desinformación que la prensa hizo circular en la I Guerra Mundial, debemos ponderar que todas las empresas e instituciones de los países contendientes, cada una aportando lo que mejor podía aportar (los periódicos, la información que convenía en cada momento), se pusieron al servicio de los respectivos gobiernos ante el prioritario objetivo de ganar la guerra (la ética de cada sector, incluida la del Periodismo, quedó aparcada), por lo que no tiene sentido esperar que, en aquella grave coyuntura bélica, los periódicos ejercieran su labor informativa con el rigor y la neutralidad a los que se deben.

réplicas desde los países afectados por los derechos de conquista esgrimidos se encargaban de elevar el concepto “nación”, como sucediera antaño con el de la alta política y el Estado, al primer plano de la agenda investigadora, aunque ahora dentro de una creciente pluralidad de opciones metodológicas.³⁷ Mientras tanto, el Periodismo proseguía con su creciente confluencia en el mundo occidental más desarrollado, donde los tres modelos de prensa, el sensacionalista, el amarillista y el de élite, tiraron de las mismas estrategias dentro de los distintos países para adaptarse a los nuevos retos. Nos referimos a la incesante expansión, en el ámbito mediático, de la radiodifusión,³⁸ el fotoperiodismo y el cine informativo, y, en el genérico de la comunicación social, la propaganda en Europa y las Relaciones Públicas en los Estados Unidos,³⁹ lo que obligó a los periódicos a asumir un rol más explicativo e interpretativo de la actualidad al no poder competir en el informativo con la inmediatez de las ondas hertzianas. En estos años, pues, mientras la Historia acentuaba la reputación y la diversificación sobre las bases científicas que iniciara a finales del siglo XIX, la prensa, que sobrellevaba un cierto descrédito por haber sido utilizada como plataforma propagandística en la I Guerra Mundial, reanudaba el proceso de uniformización que traía desde atrás sin acusar, en su contra, la expansión de los nuevos soportes ni las otras innovaciones introducidas en la comunicación social.

La Historia, pues, no sólo salió indemne sino, además, reforzada de las tres décadas de entreguerras, tal y como ilustra el rol de ciencia-guía que, en el conjunto de las ciencias sociales, recibieron todas las corrientes historiográficas críticas con la nacionalista que, en el caso de la Alemania nazi, adquirió un fuerte sesgo racista y belicista. Así ocurrió con la minoría de historiadores que, en las democracias occidentales y en la propia Alemania hasta que fueron acallados por el nazismo, abordó desde ópticas materialistas la realidad con la finalidad de descubrir los intereses que, bajo el ropaje de un cierto romanticismo, estaban detrás de los planteamientos historiográficos nacionalistas. Otro tanto sucedió con el movimiento francés de los Annales al reivindicar el enfoque estructuralista sobre un vasto objeto de estudio que abarcaba todas las actividades humanas y vertientes de la sociedad con el propósito de explicar, sobre bases interdisciplinares, la realidad social como un todo cuyas partes están indisolublemente conectadas entre sí.⁴⁰ Incluso en la Unión Soviética, donde el partido comunista impuso la construcción de una “ciencia social marxista”, la Historia desempeñó un papel central como eje de confluencia de las ciencias sociales para criticar y contradecir el “discurso burgués”, por más que cristalizara en una versión antagónica a la francesa de los Annales por su visión reduccionista, esquemática y determinista de la realidad. También en los Estados Unidos, donde los ejes que vertebraron la renovación historiográfica fueron la condición de país de inmigración y dimorfo por el marcado contraste entre las grandes urbes del este y la frontera rural del oeste, la Historia lideró y se enriqueció con el utillaje de otras disciplinas para operar, en este caso, en un contexto social alejado de los extremismos ideológicos del viejo continente, tal y como reflejaba, y sigue reflejando, la

³⁷ G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 85-158; L. Raphael, *La ciencia histórica*, 95-110.

³⁸ P. Albert y A.J. Tudesq, *Historia de la radio y la televisión* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001).

³⁹ J. Ellul, *Historia de la Propaganda* (Caracas: Monte Ávila, 1967); J.E. Grunig y T. Hunt, *Dirección de Relaciones Públicas*, 61-105.

⁴⁰ Detalles de las obras más representativas de las tres primeras generaciones de la llamada Escuela de los Annales ofrece la obra: P. Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989* (Barcelona: Gedisa, 1999); y de la cuarta, G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 103; por más que André Burguière, en su análisis de “la evolución del cambio en esta escuela”, considera que “estas clasificaciones son inciertas y a menudo carentes de significado” (A. Burguière, *La Escuela de los Annales*, 23-24).

escasísima polarización de la política estadounidense.⁴¹ Frente a la reputada y heterogénea producción historiográfica del momento, la prensa continuó, a pesar de la pérdida de credibilidad, con las ventas y el volumen de negocio al alza, lo que ilustran, sobre todo, en los Estados Unidos, las grandes cadenas de periódicos y la irrupción del lucrativo capítulo de las grandes revistas ilustradas, cuyas tiradas millonarias y difusión internacional se mantuvieron hasta los años setenta. En los años de entreguerras, pues, tanto el Periodismo, en su creciente uniformización, como la Historia, en su paulatina diversificación, prosiguieron con las trayectorias que traían desde atrás; el primero, a pesar de dejar en evidencia su vulnerabilidad frente a los poderes político y económico, y la segunda, sin acusar todavía el quebranto que habría de sufrir, con la irrupción de las corrientes posmodernas, el estatuto epistemológico sobre el que había crecido y se había ramificado desde la época de Ranke.

La aceleración de ambos procesos desde la guerra fría hasta la actualidad

Desde finales de la II Guerra Mundial hasta después de las revueltas del mayo francés de 1968, antes de que las corrientes posmodernas empezaran a socavar, cada vez más, los pilares que sustentaban la producción historiográfica, la Historia vivió su “edad de oro” en los países occidentales punteros, en coincidencia con la que, para algunos autores, ha sido la segunda “edad de oro” de la prensa. Una y otra también “democratizaron” en estos años sus respectivos cuerpos de profesionales con la apertura de los quehaceres del historiador y el periodista,⁴² hasta ahora monopolizados por las élites, a las clases populares. Con el trasfondo del desarrollo socioeconómico de la década de los sesenta, la irrupción de los movimientos sociales y las tensiones de la “guerra fría”, la Historia saboreó su “edad de oro” como la ciencia aglutinadora, social y estructuralista que, con préstamos metodológicos de otras disciplinas, había despuntado antes de la I Guerra Mundial.⁴³ En consecuencia, el discurso historiográfico hegemónico del momento dejó de lado la mera narración de los hechos para centrarse en el análisis de los condicionantes contextuales que, por las certezas con las que operaba el historiador, se consideraban determinantes de lo acontecido y útiles para orientar el cambio social e, incluso, las acciones de gobierno. Pero ello, dentro de un abanico de tendencias que iba desde la británica marxista⁴⁴ a la francesa de los *Annales*, pasando por variantes eclécticas, todas ellas cultivadas, como dijimos, con la seguridad de posibilitar la inducción de modelos y teorías explicativas de la problemática social esclarecedoras del futuro, en el convencimiento de que era factible la construcción de un conocimiento histórico objetivo y neutral. El Periodismo, por su parte, también saboreó esta segunda “edad de oro” acentuando la tendencia que traía desde atrás,⁴⁵ en un proceso que ahora

⁴¹ Junto a los factores estructurales, los coyunturales de cada contexto también inciden en el desarrollo de la Historia en cada país, tal y como ilustra el caso de Alemania tras la II Guerra Mundial, donde la búsqueda de una explicación científica al acceso de Hitler al poder y al enorme apoyo social recibido consumió las energías del grueso de los historiadores germanos, caso de Hans Ulrich Wehler (1931-2014) o Jürgen Kocka (1941), cuando, precisamente, la disciplina saboreaba su “edad de oro” (G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 109-127).

⁴² Paradójicamente, el trabajo del historiador y el periodista difieren desde perspectivas antagónicas a las de la Historia y el Periodismo, toda vez que, mientras el primero trabaja igual en todo el mundo, el quehacer del segundo depende del modelo y el desarrollo del Periodismo en el país oportuno (D. Hallin y P. Mancini, *Sistemas mediáticos comparados*, 101-104, 157-163 y 198-208).

⁴³ G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 85-158; L. Raphael, *La ciencia histórica*, 191-214.

⁴⁴ Sobre los historiadores marxistas británicos, véase: H. J. Kaye, *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia* (Madrid: Talasa Ediciones, 2007).

⁴⁵ En este contexto, el de la guerra fría, se fraguó la obra pionera en la que, a escala mundial, se pergeñaron los primeros modelos de periodismo –F.S. Siebert, T. Peterson and W. Schramm, *Four Theories of the*

no sólo incidió en los modelos comunicativos sino, también, en los contenidos, tanto por la creciente influencia de los informativos de la pujante televisión como por la creciente llegada de las notas de prensa que, desde los gabinetes de comunicación, empezaron a inundar las redacciones de los periódicos. Por lo tanto, ahondando en la uniformización internacional, la prensa vivió su segunda “edad de oro” después de la II Guerra Mundial en los países más desarrollados,⁴⁶ donde las tiradas de los diarios, tras alcanzar los toques históricos a inicios de los años ochenta, entraron a renglón seguido en regresión sin solución de continuidad, no así en los países emergentes, donde las ediciones impresas siguieron, y todavía siguen, al alza, hasta el extremo de compensar hoy en día con creces el descenso en los primeros.⁴⁷

A partir de los años ochenta del siglo XX, la aceleración del tiempo histórico, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, la globalización y, como excepción al creciente acercamiento entre países y personas en todos los ámbitos menos el económico, el ahondamiento en la brecha existente entre ricos y pobres, se han encargado de crear el caldo de cultivo idóneo para la propagación de las corrientes posmodernas⁴⁸ y, con ellas, la ruptura de los cánones que, hasta entonces, habían guiado los quehaceres del historiador y el periodista. La Historia salió tan malparada del primer embate de los nuevos retos de este mundo “líquido”,⁴⁹ en el que la emocionalidad aupada por los medios audiovisuales ha arrinconado a la racionalidad, que hasta hubo quien afirmara, aunque tal afirmación se pueda interpretar de muy diversas maneras, que había llegado a su estadio final.⁵⁰ Tres cuartos de lo mismo le ocurrió a la prensa conforme se

Press. Authoritarian, Libertarian, Social Responsibility and Soviet Communist Concepts of What the Press Should Be and Do (Urbana-Champaign: University of Illinois Press, 1956–, propuesta que, a inicios del tercer milenio, Daniel Hallin y Paolo Mancini pusieron al día con la obra reiteradamente citada en este artículo, cuyas páginas nos hablan de tres modelos mucho más próximos entre sí y, además, inmersos en la actualidad en un proceso de uniformización.

⁴⁶ En el caso de España, donde al atraso socioeconómico se sumaba la censura de la dictadura franquista, esta segunda “edad de oro” de la prensa ha sido ubicada en los años de la transición democrática (1975-1982), cuando los periódicos, abordando cuestiones que aún estaban vetadas a las Cortes, se convirtieron en la avanzadilla del debate social desde antes del óbito del dictador, lo que les hizo merecedores de la nominación “Parlamento de Papel”. En las democracias parlamentarias más avanzadas, en cambio, esta segunda “edad de oro” de la prensa conllevó, desde el activismo periodístico y el cuestionamiento de la “pirámide invertida”, a las modalidades de investigación (el caso *Watergate*), contracultural, *underground* o “gonzo”, pasando por el uso pedagógico de los medios en las aulas, el apogeo de los rotativos latinos de interpretación (franceses e italianos) o la etapa más brillante del “paraíso de la prensa” que conformaban, y siguen conformando, los países nórdicos del viejo continente; T. Wolfe, *El nuevo periodismo* (Barcelona: Anagrama, 1977).

⁴⁷ Entre los diez periódicos editados en papel más vendidos del mundo en 2015, salvo el estadounidense *USA Today* que ocupaba el cuarto lugar con más de cuatro millones de copias, los restantes son editados en países asiáticos: *Yomiuri Shimbun* de Japón, con más de nueve millones de copias; *Asahi Shimbun* de Japón, con casi siete millones; *Dainik Bhaskar* de la India, por encima de tres millones y medio; *Mainichi Shimbun* de Japón, con casi tres millones y medio; *Cankao Xiaoxi* de China y *Dainik Jagran* de la India, ambos sobrepasando los tres millones; *The Times of India*, con casi dos millones novecientos mil; *The Nikkei* de Japón, con dos millones setecientos mil; y *People’s Daily*, el diario oficial del Partido Comunista Chino, con dos millones seiscientos mil; “Los diez periódicos más vendidos del mundo”, *La Vanguardia* (Barcelona), 12 de octubre de 2015 (www.lavanguardia.com, consulta: 15.09.20).

⁴⁸ Cuyos teóricos más radicales consideran la Historia como “un discurso cambiante y problemático, que, aparentemente, trata sobre [...] el pasado [...], producido por un grupo de trabajadores con mentalidad actual [...] que están epistemológica, metodológica, ideológica y prácticamente posicionados y cuyos productos [...] se corresponden con las bases del poder que existen en un momento dado”; K. Jenkins, *Repensar la Historia* (Madrid: Siglo XXI, 2009), 34.

⁴⁹ Z. Bauman, *Modernidad líquida* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

⁵⁰ Anticipándose a Francis Fukuyama, Daniel Bell (1919-2011) había augurado en 1960, tras considerar el modelo de la sociedad estadounidense como el prototípico del “mundo libre”, el inmediato fin de las

generalizaba el soporte digital y emergía el llamado “periodismo ciudadano”,⁵¹ hasta el extremo de propiciar la irrupción, para explicar la pluralidad informativa, del término «posverdad» que, en esencia, pone todas las versiones que circulan en el ámbito mediático, cuestionando la discriminación con el razonamiento lógico, en un mismo plano de veracidad. Ante tales desafíos, mientras la Historia, al perder las sólidas bases sobre las que movía su orientación social y estructuralista, volvía la mirada al enfoque cultural y recuperaba la narración de los hechos, los diarios tradicionales complementaban la edición impresa con otra digital apta para actualizar en todo momento la oferta informativa, incluir complementos audiovisuales y abrir vías de interactividad con los lectores. A largo plazo, los nuevos tiempos no han hecho más que acelerar el rumbo antagónico, centrífugo en la Historia y centrípeto en el Periodismo,⁵² que ambas llevaban desde, prácticamente, los albores de la contemporaneidad. La creciente homogeneidad de la agenda informativa de la prensa en este mundo globalizado,⁵³ al irse imponiendo cada vez más el modelo liberal o angloamericano en el sector,⁵⁴ frente, por ejemplo, a la desmembración del movimiento historiográfico francés de los *Annales* después de la época de Fernand Braudel en un sinfín de tendencias⁵⁵ o a la diversidad de objetos de estudio, métodos y referencias teóricas que, a pesar de estar aglutinada por una asociación internacional, atesora la hegemónica Historia Cultural en la actualidad,⁵⁶ ilustran las antitéticas perspectivas desde las que, en los inicios de este tercer milenio, la Humanidad recupera su experiencia histórica y explica la problemática del presente.⁵⁷ La

Ideologías (G.G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 75-83). Más de medio siglo atrás, una afirmación similar había pronunciado Ernest Lavisse (1842-1922), aunque en referencia a la Francia de la III República, cuando la historia francesa (el “galocentrismo”) era percibida como el eje de la historia universal (A. Burguière, *La Escuela de los Annales*, 56). Pero para Ernst Breisach, el principal inspirador de Francis Fukuyama fue un exiliado de la Unión Soviética, Alexandre Vladimirovitch Kojevnikov (1902-1968) o Kojève, como era conocido siendo residente francés (E. Breisach, *Sobre el futuro de la Historia*, 57-63).

⁵¹ Modalidad que, como la abierta sobre la Historia en las páginas webs personales de los investigadores no profesionales, queda fuera del objeto de estudio de este artículo, como expusimos notas atrás.

⁵² La caída de las dictaduras en Portugal, Grecia y España en los años setenta y del Muro de Berlín a finales de los ochenta homologó la dinámica del Periodismo en toda Europa y, con el aglutinante del cada vez más pujante neoliberalismo internacional, en los países más desarrollados, como Canadá, Australia o Japón, al tiempo que el sector despegaba en la India entre los segmentos de población instruidos e, incluso, aunque desde puntos de partida más bajos, en el resto del orbe, incluida el África subsahariana.

⁵³ En referencia al periodismo francés, “los titulares de las publicaciones se repiten más o menos modificados [...] lo mismo sucede con los informativos televisivos o radiofónicos [...] esto se debe, en parte, a que la producción es colectiva”; P. Bourdieu, *Sobre la televisión* (Barcelona: Anagrama, 1997), 30-31.

⁵⁴ E. Hallin y P. Mancini, *Sistemas mediáticos comparados*, 83-228.

⁵⁵ A. Burguière, *La Escuela de los Annales*, 277-376. Al margen de los campos inmensos abiertos desde todas las perspectivas por las corrientes posmodernas más tibias, los Estudios Subalternos de la India, las relaciones de género, el método de la deconstrucción, etc., las actuales formas de hacer Historia comprenden, en cuanto al objeto de estudio, desde las microhistorias italiana y alemana a la *Global History* estadounidense, en lo concerniente al trasfondo ideológico, desde el marxismo (en la India poscolonial, Latinoamérica, China o Japón) a la corriente conservadora de los Estados Unidos nacida en la guerra fría y, en lo referente a las temáticas, no sólo a las vertientes más inimaginables de la vida social sino, incluso, a las no acontecidas, caso de los estudios “contrafácticos”; E. Breisach, *Sobre el futuro de la Historia*, 262-263; L. Raphael, *La ciencia histórica*, 290; G. Eley y K. Nield, *El futuro de la clase en la Historia ¿Qué queda de lo social?* (Valencia: Universitat de València, 2010), 155-156.

⁵⁶ P. Poirrier, “Introducción”, en Philippe Poirrier (ed.), *La historia cultural, ¿un giro historiográfico mundial?* (Valencia: Universitat de València, 2012), 15-20.

⁵⁷ Entre las corrientes vigentes hoy en día, no faltan las eclécticas partidarias de aglutinar todas las opciones a través de un relato “trenzado” que, simultáneamente, dé juego a la narración de los hechos, al estructuralismo y a la mediación del lenguaje entre la realidad y lo que sobre ella escribe el historiador, así como a una multiplicidad de metarrelatos en lugar del universal y progresista de los grandes paradigmas historiográficos; P. Burke, *Historia y teoría social* (Buenos Aires, Madrid: Amorrortu Editores, 2007), 238-239.

paradoja de que ambos quehaceres partieran, precisamente, del estadio de llegada del otro guarda una cierta coherencia con la evolución histórica del contexto internacional en el que, uno y otro, nacieron, crecieron, se expandieron y, en la actualidad, siguen prestando sus inestimables servicios a la sociedad.

Recapitulación final

Mientras la “ciencia histórica” nació en la tercera década del siglo XIX en Prusia, sobre un objeto de estudio nítidamente delimitado (el Estado), unas bases epistemológicas inequívocas (el historicismo y el positivismo), unas fuentes extremadamente reducidas (la documentación oficial y los archivos de las clases privilegiadas) y un marco geográfico muy restringido (los estado-nación europeos más desarrollados), el Periodismo contemporáneo brotó en los diversos países occidentales con rasgos diferentes entre sí, cuando el modelo comunicativo del liberalismo que se había ido fraguando en Inglaterra a lo largo de los siglos XVII y XVIII se impuso, al compás de las revoluciones burguesas, al del Antiguo Régimen francés. El punto de partida de una y otra actividad, pues, fue antitético, dado que mientras la Historia tuvo una única cuna, la Prusia posterior a la derrota del Sacro Imperio Germánico ante las tropas napoleónicas, desde donde luego se extendió a los estados-nación occidentales sin alterar en lo más mínimo sus postulados teóricos, el Periodismo brotó en todos ellos como un componente más del andamiaje del nuevo Estado liberal con realidades muy dispares, en función de los niveles de vida, las tasas de alfabetización, las tradiciones culturales, etc. A partir de entonces, a remolque de las mejoras socioeconómicas traídas por la revolución industrial, ambas materias evolucionaron en direcciones contrapuestas, pero en un principio con resultados igual de satisfactorios, dado que mientras la Historia diversificaba y complejizaba su estatuto epistemológico para construir una visión del pasado mucho más provechosa para los coetáneos, el Periodismo adquiría un creciente desarrollo empresarial que le permitía ofrecer una información más profesional y útil para la sociedad. Así, la prensa paladeó su “edad de oro” en las tres décadas previas a la I Guerra Mundial, lo que a la Historia le llegó en los años sesenta y setenta del siglo XIX, precisamente, cuando el periodismo escrito alcanzaba su mayor circulación en las democracias parlamentarias más desarrolladas para, a renglón seguido, entrar en regresión ante la pujanza de los medios audiovisuales. La inmediata y coincidente llegada de la globalización, la realidad virtual y las corrientes posmodernas en el contexto del neoliberalismo llevaron al paroxismo el rumbo que ambas materias traían desde atrás, de tal manera que la creciente diversificación de la Historia desembocó en una pléyade de corrientes y tendencias historiográficas de la más diversa índole y la paulatina uniformización del Periodismo en un cúmulo de productos informativos cada vez más indiferenciados, tanto en sus aspectos formales como en los contenidos, como han comprobado dos estudiosos tan acreditados como Hallin y Mancini.⁵⁸ De momento, pues, en los inicios de la tercera década del tercer milenio, el resultado de ambos procesos deviene en el abismo existente entre las versiones, de un lado, reduccionista, simplificadora y redundante del presente y, de otro, heterogénea y atomizada del pasado que, respectivamente, el Periodismo y la Historia

⁵⁸ En efecto, de los tres modelos detectados por estos autores en el mundo occidental, el democrático-corporativo del centro y norte de Europa, el polarizado con fuerzas antisistema de los países europeos que dan al Mediterráneo y el angloamericano de Estados Unidos e Inglaterra, el último se está imponiendo cada vez más en todas partes en este mundo globalizado (E. Hallin y P. Mancini, *Sistemas mediáticos comparados*, 83-228).

ofrecen a la Humanidad, por lo que urge tender puentes entre las dos materias⁵⁹ en beneficio de las cuotas de utilidad social exigibles a cada una de ellas para afrontar los formidables desafíos del mundo actual.

Bibliografía

Albert, Pierre, *Historia de la prensa* (Madrid: Ediciones Rialp, 1990).

Albert, Pierre y Tudesq, André-Jean, *Historia de la radio y la televisión* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001).

Barker, Chris, *Televisión, globalización e identidades culturales* (Barcelona: Paidós Comunicación, 2003).

Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

Bellanger, Claude; Godechot, Jacques; Guiral, Pierre; et Terrou, Fernand (eds.), *Histoire générale de la presse française*, 5 vols. (París: Presses Universitaires de France, 1969, 1969, 1972, 1975, 1976).

Bourdé, Guy y Martin, Hervé, *Las escuelas históricas* (Madrid: Akal, 2004).

Bourdieu, Pierre, *Sobre la televisión* (Barcelona: Anagrama, 1997).

Breisach, Ernst, *Sobre el futuro de la Historia. El desafío posmodernista y sus consecuencias* (Valencia: Universitat de València, 2009).

Burguière, André, *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual* (Valencia: Universitat de València, 2009).

Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989* (Barcelona: Gedisa, 1999).

Burke, Peter, *Historia y teoría social* (Buenos Aires, Madrid: Amorrortu Editores, 2007).

Carr, Edward Hallett, *¿Qué es la Historia? Conferencias «George Macaulay Trevelyan» dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961* (Barcelona: Ariel, 1991, 1ª reimpresión de la 3ª edición [definitiva] de 1987).

Chalmers, Alan, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (Madrid: Siglo XXI, 1991).

Eley, Geoff y Nield, Keith, *El futuro de la clase en la Historia ¿Qué queda de lo social?* (Valencia: Universitat de València, 2010).

Ellul, Jacques, *Historia de la Propaganda* (Caracas: Monte Ávila, 1967).

⁵⁹ Nos referimos, no sólo a las vías abiertas por la Historia del presente y el Periodismo de investigación, las dos modalidades que, desde uno y otro polo, ya han dado frutos consistentes en tal sentido, sino, de un lado, al enriquecimiento de las noticias periodísticas con sus antecedentes históricos y, de otro, al planteamiento de la investigación histórica desde las necesidades de la problemática del mundo actual.

Emery, Edwin, *El periodismo en los Estados Unidos* (México: Editorial Trillas, 1966).

Fuentes Aragonés, Juan Francisco y Fernández Sebastián, Javier, *Historia del Periodismo Español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea* (Madrid: Síntesis, 1997).

Grafton, Anthony, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998).

Grunig, James E. y Hunt, Todd, *Dirección de Relaciones Públicas* (Barcelona: Gestión 2000, 2000).

Gunn, Simon, *Historia y teoría cultural* (Valencia: Universitat de València, 2011).

Hallin, Daniel y Mancini, Paolo, *Sistemas mediáticos comparados. Tres modelos de relación entre los medios de comunicación y la política* (Barcelona: Hacer Editorial, 2008).

Iggers, Georg G., *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional* (Barcelona: Idea Universitaria, 1998).

Iggers, Georg G., *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012).

Jenkins, Keith, *Repensar la Historia* (Madrid: Siglo XXI, 2009).

Kaye, Harvey J., *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia* (Madrid: Talasa Ediciones, 2007).

Koselleck, Reinhart, *historia/Historia* (Madrid: Editorial Trotta, 2010).

Lukacs, John, *El futuro de la Historia* (Madrid: Turner Publicaciones, 2011).

Poirrier, Philippe (ed.), *La historia cultural, ¿un giro historiográfico mundial?* (Valencia: Universitat de València, 2012).

Raphael, Lutz, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad* (Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 2012).

Saiz García, María Dolores, *Historia del periodismo en España, 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, (Madrid: Alianza, 2ª edición revisada y ampliada, 1990).

Sánchez Aranda, José Javier, *Pulitzer. Luces y sombras en la vida de un periodista general* (Pamplona: Universidad de Navarra, 1998).

Siebert, Fred S., Peterson, Theodore and Schramm, Wilburn, *Four Theories of the Press. Authoritarian, Libertarian, Social Responsibility and Soviet Communist Concepts of What the Press Should Be and Do* (Urbana-Champaign: University of Illinois Press, 1956).

Tebbel, John, *Breve historia del periódico norteamericano* (Barcelona: Montaner y Simón, 1967).

Weill, Georges, *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica* (Sevilla: Comunicación Social. Ediciones y Publicaciones, 2007).

Wolfe, Tom, *El nuevo periodismo* (Barcelona: Anagrama, 1977).

Yanes Mesa, Julio Antonio, *La Historia, el Periodismo y la Historiografía en las Islas Canarias* (Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Densura, 2020).

Perfil Académico

Julio Antonio Yanes Mesa es doctor en Historia (1991) y en Periodismo (2001) por la Universidad de La Laguna (España), donde ejerce como Profesor titular de Historia de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y de la Comunicación. Sus líneas de investigación se centran en el privilegiado laboratorio dado por el microespacio del archipiélago canario y su papel en el mundo de la globalización, con su posición muy aprensible y abierta al exterior. En este contexto el autor ha estudiado los más diversos temas prestando especial atención a los años de entreguerras y, desde el punto de vista metodológico, a los problemas relacionados con la escritura de la Historia. Página web: <https://sites.google.com/site/julioyanesmesa/>.

Academic Profile

Julio Antonio Yanes Mesa has a PhD in History (1991) and in Journalism (2001) from the University of La Laguna (Spain), where he is Associate professor of History of Communication at the Faculty of Political, Social and Communication Sciences. His lines of research are focused upon the privileged laboratory given by the micro space of the Canary Archipelago and its role in a globalized world (with its very apprehensible and open to the outside position). In this context he has studied the most diverse topics paying special attention to the interwar years and –from a methodological point of view–, the problems concerning the writing of History. Web Page: <https://sites.google.com/site/julioyanesmesa/>.

Fecha de recepción: 18 de junio de 2021.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2021.

Publicación: 31 de diciembre de 2021.

Para citar este artículo: Julio Antonio Yanes Mesa, “La contrapuesta evolución del Periodismo y la Historia a lo largo de la contemporaneidad”, *Historiografías*, 22 (julio-diciembre, 2021), pp. 116-132.